

La Iglesia y el mundo del trabajo

A los Representantes de los Movimientos obreros cristianos en Laeken, Bruselas (Bélgica) (19-V-1985)

- El cardenal Cardijn • Amor a los trabajadores • Apostolado de los seglares • «Ver, juzgar, actuar» • Doctrina Social de la Iglesia • Oposición a la injusticia • Solidaridad • Justicia • Participación • Estudio de la enseñanza de la Iglesia • Solidaridad con la Iglesia • «El pan nuestro de cada día»

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra enormemente poder encontrarme con vosotros aquí, junto a la tumba del cardenal Joseph Cardijn. La Iglesia no cesa de venerar a este sacerdote sin igual, de personalidad rica y arcaica, a este apóstol extraordinario de los tiempos modernos, a quien Pablo VI hizo miembro del Colegio de Cardenales. Estaba animado por un sentido profundo de Iglesia y un gran amor por los trabajadores, a quienes deseaba ver entrar, permanecer y actuar plenamente en la Iglesia. Se apoyaba en el Evangelio y la doctrina social de la Iglesia. En su celo misionero, tenía intuiciones profundas sobre el papel del laicado y una excelente pedagogía. Yo mismo tuve la alegría de encontrarme con él y aprovecharme de su testimonio, de sus consejos. Los «jocistas» y los movimientos obreros cristianos del mundo entero pueden considerarlo como padre; pero más todavía podéis hacerlo vosotros, sus compatriotas, que queréis seguir su apostolado y su acción en el seno del mundo obrero en Bélgica.

Sin poder tratar aquí todos los aspectos de este apostolado ni de la cuestión social —para ello están previstos otros encuentros en Bélgica—, quisiera referirme a algunas intuiciones del sacerdote Cardijn, para señalar el método y el espíritu que deben guiar hoy vuestro movimiento obrero cristiano.

I. LAS INTUICIONES DE CARDIJN

1. Lo que más impresionaba en la personalidad de Cardijn era su gran amor por los trabajadores y sus familias. El mismo había nacido de padres muy modestos y, siendo aún muy joven, quedó impresionado ante el espectáculo de sus compañeros que se lanzaban, sin ninguna preparación, en las minas y en las fábricas, en condiciones de trabajo muchas veces agobiantes en el plan humano y perjudiciales para su vida religiosa. Siendo párroco aquí en Laeken, buscó, animó y reunió a estos jóvenes trabajadores y trabajadoras, muchas veces incultos e impotentes para salir de su situación. El les ofreció, además, su confianza. Los consideraba capaces, con una formación bien adaptada, de ser los apóstoles de sus hermanos y responsables voluntarios de los grupos que se iban formando.

2. Esto revela la importancia que Cardijn atribuyó al apostolado de los seglares, jóvenes y adultos: deseaba que se hicieran más conscientes de su dignidad de hijos de Dios, de su vocación de bautizados, de sus responsabilidades en la Iglesia y en el mundo. En este sentido, Cardijn fue un precursor del Concilio Vaticano II, que ha hablado tan bien del sacerdocio común de los fieles. Su intuición original y valerosa era que la evangelización de la juventud obrera fuera la obra de jóvenes obreros completamente solidarios con sus compañeros de trabajo.

Deseaba además que los trabajadores tuvieran sus organizaciones obreras propias, autónomas y libres, para hacer oír su voz y ejercer su influencia constructiva en el conjunto de la sociedad. Este es un punto sobre el que he insistido en la *Laborem exercens* (n. 8).

Es preciso observar aquí que el sacerdote Cardijn realizó esa obra tanto mejor cuanto que él continuó siendo auténticamente sacerdote, testigo sin compromisos de Cristo y de su Evangelio ante los seglares.

3. Todo el mundo puede estar agradecido a Cardijn por la pedagogía que puso en práctica con la fórmula de la célebre trilogía: «Ver, juzgar y actuar», que se ha hecho familiar a tantos militantes. Dicha pedagogía suponía, en efecto, una escucha de las palabras del Señor, una atención a los gestos de Jesús, una asimilación del mensaje del Evangelio y de la Iglesia. En segundo lugar comportaba una mirada concreta y metódica, podría afirmarse, a la película de la vida, a la experiencia de los trabajadores, con sus aspectos de sombras y luces, un juicio sobre los obstáculos para la realización del plan de Dios, que quiere para todos la dignidad de hijos de Dios. Por último, buscaba realizar una acción solidaria, capaz de poner remedio a todo ello sobre el terreno.

Este método — que une en una interacción recíproca la profundización de la fe y el compromiso generoso — conserva todo su valor para el Movimiento Obrero Cristiano actual.

4. Cardijn vela a los trabajadores enfrentados a problemas sociales muy difíciles en el marco de su nación. Subrayaba el aspecto colectivo y cultural de estos problemas. Pero comprendió enseguida la dimensión internacional de la cuestión social, tal y como se nos presenta hoy a nosotros más fácilmente (cfr. *Laborem exercens*, 2). Cardijn intuyó los problemas que planteaban al trabajo la industrialización avanzada, los desequilibrios causados por el subdesarrollo y el hambre en el mundo, las amenazas de guerra, la cooperación internacional y la construcción de la paz. Trabajó por la solidaridad, la fraternidad universal.

Pero en todo esto seguía convencido de que sólo el Evangelio podía constituir en el mundo de los trabajadores que lo reciben la base de la verdadera ética de su dignidad. Sacaba de los principales documentos sociales del Magisterio pontificio las líneas de pensamiento y de acción capaces de guiarlo con seguridad; actualizaba de forma auténtica la doctrina social de la Iglesia. Cuando hacía falta, ponía en guardia a sus jocistas contra las ideologías materialistas y ateas que han monopolizado abusivamente el combate por la justicia social, empobreciéndolo de valores esenciales al hombre y a la sociedad.

En la *Laborem exercens* (n. 13), yo mismo he denunciado los graves errores del materialismo práctico —del «economismo»— y del materialismo teórico, que subordinan lo que es espiritual y personal, lo que es humano, a la realidad material. Y en Saint-Denis, yo planteaba a los trabajadores de Francia la siguiente cuestión: «¿Por qué razón se ha unido la lucha por la justicia en el mundo al programa de una negación radical de Dios?» (31 de mayo de 1980).

Demos, pues, gracias al Señor por habernos dado en Cardijn un apóstol que hizo tanto por establecer una presencia cristiana en el mundo del trabajo, capaz de despertar o de reanimar la fe cristiana en el corazón de las masas trabajadoras y de hacer nacer allí una solidaridad de inspiración evangélica, él que tanto se preocupó por ayudarlos a vivir los valores de la familia. Vosotros sois, en cierto modo, sus herederos, y yo me alegra de saber que en vuestro movimiento se hallan comprometidos voluntariamente varias decenas de miles de miembros y de responsables locales.

II. EL COMPROMISO DE VUESTRO MOVIMIENTO OBRERO

5. He escuchado con suma atención la presentación de vuestras relaciones. Respecto a la primera, soy muy sensible a las miserias que subrayáis hoy en el mundo obrero en Bélgica y que se unen, por otra parte, a las de otros muchos países. Afectan a los jóvenes sin trabajo y a todos los parados, a los emigrantes, a las familias, a los marginados, a los nuevos pobres. Señaláis, además, los riesgos de una sociedad «dualista», como la llamáis, en la que la mitad de sus miembros serían ciudadanos que vivirían de la asistencia; sentís las amenazas de una economía local o internacional que no contemplara más que el beneficio; las de una tecnología incapaz de liberar verdaderamente al hombre; las de la falta de solidaridad mundial ante el agravarse de la miseria y del hambre; las de una local y suicida carrera de armamentos.

Si, yo os animo a mirar al mundo que os rodea con la mirada del Padre celestial. Participáis en la piedad de Dios cuando pensáis en las palabras de la Escritura: «He visto la aflicción de mi pueblo